

el Congreso Nacional de Franja Morada Secundarios”.

Nicolás Caia es militante de la Juventud del Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS) y presidente del centro de la Escuela Técnica N° 32 de Chacarita. Piensa que los estudiantes deben plegarse al resto de “las luchas del pueblo”: “Hay centros que no salen a la calle y se quedan arreglando paredes o haciendo jornadas recreativas. Lamentablemente se encierran, cuando hay 500 colegios más en toda la Capital”. Además, desconfía de las políticas gubernamentales que promueven la organización estudiantil: “Es una *careteada*. Quieren que los centros estén contenidos dentro de los colegios, que no salgan a la calle a luchar y defender la educación pública. Sólo buscan que el colegio esté lo más lindo posible y sin quejas”. Guadalupe Oliverio es otra militante de la Juventud del PTS, pero presenta una particularidad: participa del centro de estudiantes de la escuela privada El taller, ubicada en San Cristóbal. “El centro, fundado hace un año, no tiene conducción. Es horizontal. Nos manejamos con delegados por curso”, explica. Y aporta otro dato sobre las actividades que los ocupan: la creación de una comisión de género. “Las autoridades del colegio nos acusaban de provocadoras por la ropa que llevábamos y decían que los varones se iban a distraer. Entonces hicimos una campaña con carteles y consignas y nuestros compañeros también adhirieron”, relata.

Dentro del espectro de estudiantes “kirchneristas” se comparte la adhesión al modelo “nacional y popular”, pero surgen algunas diferencias a la hora de pensar la organización estudiantil. Pablo Audero acaba de egresar del Colegio Nacional de Buenos Aires y es militante de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) del Movimiento Evita. “Un alumno del Nacional egresa sabiendo a la perfección cómo funciona el sistema excretor de una merluza pero no entiende por qué sube el precio del tomate. La educación no es neutral sino que tiene una orientación ideológica. Que los estudiantes podamos incidir en cómo nos educamos nos marca como sujetos críticos”, argumenta. Pese a su filiación kirchnerista, la UES no participa de la Federación de Estudiantes Secundarios (FES), la coordinadora que sostienen, sobre todo, militantes de La Cámpora. En cambio, integra la Coordinadora de Estudiantes de Base (CEB), donde también confluyen con direcciones trotskistas, independientes y hasta radicales: “Una coordinadora estudiantil tiene que hacer todo lo posible por representar a todos los centros de estudiantes y no aislarse”. La CEB, según Audero, representa unas 70 escuelas porteñas, pero la participación real en las asambleas fluctúa de acuerdo con el momento político. Si bien considera que la Ley Nacional de Centros de Estudiantes constituye un avance, puntualiza: “No podemos quedarnos simplemente en cumplir la norma. Tenemos que darle un contenido y entender que la finalidad del centro es discutir nuestra educación”.

Flamante egresado de la Escuela Julio Cortázar del barrio de Flores, Lucas Noya fue delegado de 5° año y participó de la FES: “Su objetivo principal es coordinar a los centros, pero focalizándose en el día a día de los chicos y buscando una construcción desde lo positivo. Nuestro objetivo es que la Federación sea una caja de herramientas para que los chicos puedan venir, participar y organizarse. Si falta un vidrio en un



M.A.F.I.A.

colegio, ayudamos a los estudiantes para que puedan organizarse y ponerlo. En 2013, cuando fue la inundación de La Plata, pusimos cajas de donaciones en los colegios para ayudar a la gente que estaba sufriendo”.

Ariel Flores, militante de la Corriente Villera y estudiante de 4° año de la Escuela de Enseñanza Media N° 3 del Bajo Flores, explica que el centro no es la única vía de participación política que tienen los jóvenes. A los 17 años es el responsable de una pequeña revista que “intenta mostrar el punto de vista de los chicos acerca de distintas cosas que pasan”. Sobre la ausencia de un centro en su escuela, analiza: “Acá los pibes no se comprometen. Muchos tienen otras cosas que hacer o trabajan y no tienen el tiempo para organizarse. Igual, si se formara algo, a muchos adultos no les gustaría. Pasaría como cuando fueron las tomas: cuando participamos dicen que no tenemos la madurez suficiente”.

Las formas de participación política de los jóvenes son heterogéneas y mutables; incluyen desde las acciones directas en el espacio público hasta la resolución de conflictos puntuales en una escuela. La identificación de las distintas formas de acción con ideologías políticas específicas tampoco es mecánica. Los centros oscilan entre quedarse en la escuela para resolver problemas internos y salir a la calle para enfrentar políticas educativas o solidarizarse con luchas de trabajadores. Por dentro y por fuera de ellos están los oficialistas y los opositores; los que recuperaron la fe en las agrupaciones partidarias y los que persisten en la desconfianza al sistema político. Todo está incluido dentro de esa totalidad inclasificable denominada “movimiento estudiantil”. ■

1. Cuadernos de discusión, N° 3, UNIPE, 2011.

2. La educación en debate, N° 11, marzo de 2013.

*Licenciado en Ciencias de la Comunicación y docente; miembro del equipo editorial de UNIPE.
© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur y UNIPE: Universidad Pedagógica

ESCUELA Y POLÍTICA

Más horizontalidad que representación

por Myriam Southwell*

En el último tiempo, hemos asistido a discusiones públicas sobre el lugar de la política en la escuela. Hay quienes pregonan la neutralidad, y a la vez, quienes cuestionan a los jóvenes por apatía e individualismo, que son “menos participativos y con menos inquietudes políticas” de lo que los adultos creemos recordar que fuimos. Hoy, en la escena educativa, que siempre fue política, hay una disputa por nuevos sentidos y significados. Precisamente, de sentidos y significados se trata la formación política. Entre las nuevas prácticas se observa una dinámica asamblearia que cuestiona el lazo representativo y le contrapone la práctica de poner el propio cuerpo, en una relación de más horizontalidad que representación; se trata un modo de pararse frente a lo que les heredamos.

La participación estudiantil secundaria no es sólo de este tiempo; hubo movimientos de estudiantes secundarios ya desde comienzos del siglo XX, suscitados por reformas o revisiones de la organización escolar. La formación política fue constitutiva de la secundaria desde sus orígenes. Miguel Cané, Ernesto Sabato, Florencio Escardó, René Favalaro, entre otros, son grandes cronistas de estudiantinas que exigen una lectura política.

Frecuentemente, hablar de participación estudiantil remite a imágenes míticas de los años 60 y 70, cuando ella implicaba que lo colectivo eclipsaba lo individual. No hay una identificación similar con los años 80 y 90, subsumidos –injustamente– bajo la caracterización de desmovilización y tenue im-

plicación política, cuando en realidad tuvieron también significativas contiendas por transformaciones educativas y resistencia hacia los resabios de la dictadura y el ajuste. Pero aquella valoración de la movilización estudiantil se rigidiza cuando adquiere formas de identidades muy novedosas –desafiantes, o sea, políticas–, expresiones desconocidas para las generaciones anteriores. El filósofo Jacques Rancière plantea que quienes participaron del Mayo Francés del 68 decían a las nuevas generaciones: “No intentéis de nuevo, como nosotros, querer hacer la revolución” y también “nuestra revolución es diferente de vuestro miserable movimiento reformista”. De este modo la herencia, más que habilitar, aleja.

Los jóvenes de hoy, como los de ayer, no desertan de la esfera pública y lo hacen de una manera que les es propia. Se organizan a través de vínculos asamblearios, muchas veces regidos por la horizontalidad (se registran incluso listas “horizontales” para las elecciones estudiantiles), y a veces existe resistencia a ser captados por posiciones dogmáticas (“los que se ponen el cassette”, expresan). Hay una crítica a una idea tradicional de comunidad, pero también hay una nueva comunidad, surgida –como las demás– de una experiencia en común y de haber atravesado situaciones de no poca intensidad. Experiencias en un tiempo diferente, con formas y resultados también distintos. Lo sólido se desvanece, pero abre paso a múltiples experiencias. ■

*Investigadora UNIPE/FLACSO.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur y UNIPE